

Día de reposo

Será para ustedes un día de completo reposo (Deuteronomio 16: 31).

SI LA OBSERVANCIA DEL SÁBADO es tan importante para nuestra santificación y nuestro bienestar espiritual, entonces necesitamos saber cómo guardarlo correctamente. El mandamiento, tal como se expresa en el capítulo veinte de Éxodo y en el capítulo cinco de Deuteronomio, no entra en detalles en relación con la manera de guardarlo, pero sí establece el principio general del cual se pueden extraer las especificaciones.

Para que el sábado pueda ser una bendición, es necesario que hagamos dos cosas, seguir el modelo divino: Primero, santificarlo; segundo, descansar en él. Ya sabe lo que significa santificarlo: Ponerlo aparte, consagrarlo para Dios. Luego viene el reposo y descanso en él. En ese orden se presentan esos dos elementos en el texto del mandamiento: «Acuérdate del sábado, para consagrarlo [...]. No hagas en ese día ningún trabajo» (Éxo. 20: 8-10). En realidad, ambas cosas están íntimamente relacionadas. No se puede santificar el día sin reposar en él; ni es de valor reposar en él, sin santificarlo. Así que para guardar el sábado correctamente y en armonía con la voluntad de Dios, debemos hacer ambas cosas.

En lo que se refiere al descanso en este día, el mandamiento establece el principio fundamental: El Señor quiere que cesemos de nuestro trabajo diario. Si continuamos con nuestro trabajo y quehaceres, no vamos a tener tiempo para lo que Dios quiere que hagamos. El Señor quiere que extendamos esta bendición del descanso a nuestros empleados, si tenemos, y a los miembros de nuestra familia, y a los que estén en nuestra casa. Es interesante que Dios se preocupa aun de los animales: «Ni tu buey, ni tu burro, ni ninguno de tus animales» (Deut. 5: 14). Los animales no pueden santificar el día, pero pueden descansar. En las sociedades antiguas, los animales trabajaban mucho. El sábado traía descanso para ellos también. Cuán amoroso es el Señor.

Día de abundancia

Comieron los israelitas maná cuarenta años, hasta que llegaron a los límites de la tierra de Canaán, que fue su país de residencia (Éxodo 16: 35).

EN EL MUNDO ANTIGUO, y en el no tan antiguo, la obtención de alimentos y su preparación consumía mucho tiempo. Alguien podría pensar que, puesto que se trata de una necesidad tan básica como la de alimentarse, el mandamiento obviaría a quienes se ocuparan de estos menesteres. Pero no es así. Justamente porque se requería mucho tiempo para conseguir y preparar la comida, era necesario hacerlo con anticipación para que no se hicieran en el sábado. Por eso, en las leyes complementarias del cuarto mandamiento, se ordenaba: «En sábado no se encenderá ningún fuego en ninguna de sus casas» (Éxo. 35: 3). Encender fuego involucraba un trabajo excepcional: Había que ir a recoger la leña, que no estaba cerca en la mayoría de los casos, preparar el fogón y atizar la lumbre. Pero la expresión «encender fuego», no se refería solo al fuego en sí, sino a la preparación y elaboración de la comida del día. Este era el trabajo que competía casi exclusivamente a las mujeres. Dios también quería que las mujeres guardaran el sábado, por eso requería que los alimentos se prepararan de antemano.

Durante cuarenta años, el Señor les dio una lección a los israelitas de lo que él quería decir con descansar el sábado, en lo que se refería a los alimentos. El maná no cayó en sábado durante todas sus peregrinaciones, mientras que el viernes caía suficiente para que todos pudieran recoger una doble porción. Además, si recogían una doble porción entre semana, se les echaba a perder para el día siguiente, mientras que lo que recogían el viernes, no se echaba a perder. Estos milagros semanales les deben haber servido a los israelitas para entender lo que Dios quería que se hiciera en el sábado. Él no quiere que perdamos el alimento espiritual por pensar en las cosas materiales.

Día sin afanes

Cómanlo hoy sábado —les dijo Moisés—, que es el día de reposo consagrado al Señor. Hoy no encontrarán nada en el campo. Deben recogerlo durante seis días, porque el día séptimo, que es sábado, no encontrarán nada (Éxodo 16: 25, 26).

PARA PODER DESCANSAR EL SÁBADO como Dios quiere, tenemos que hacer preparativos previos, durante toda la semana. Dios designó el viernes como “el día de preparación”. En la historia de la caída del maná, había una lección de previsión: «Entonces el Señor le dijo a Moisés: “Voy a hacer que les llueva pan del cielo. El pueblo deberá salir todos los días a recoger su ración diaria. Voy a ponerlos a prueba, para ver si cumplen o no mis instrucciones. El día sexto recogerán una doble porción, y todo esto lo dejarán preparado”» (Éxo. 16: 4, 5). Esta provisión del maná en viernes, implicaba además dejarlo preparado para que el sábado nadie se afanara por la comida: «Esto es lo que el Señor ha ordenado —les contestó—. Mañana sábado es día de reposo consagrado al Señor. Así que cuezan lo que tengan que cocer, y hiervan lo que tengan que hervir. Lo que sobre, apártenlo y guárdenlo para mañana» (vers. 23). Lo que sobraba debía estar preparado también, pues no debían cocinar en sábado.

Hasta el tiempo del Nuevo Testamento seguía la costumbre de llamar al viernes “día de preparación”. Fue en ese día que las mujeres prepararon los ungüentos para unguir el cuerpo de Jesús: «Era el día de preparación para el sábado, que estaba a punto de comenzar. Las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea, siguieron a José para ver el sepulcro y cómo colocaban el cuerpo. Luego volvieron a casa y prepararon especias aromáticas y perfumes. Entonces descansaron el sábado, conforme al mandamiento» (Luc. 23: 54-56).

Una cosa es cierta: Si no hacemos los preparativos el viernes como Dios lo estipuló, no podremos guardar el sábado conforme al mandamiento. La preparación es crucial para que el sábado pueda ser santificado. De otro modo, el sábado traerá sus afanes y tareas como todos los otros días. Dios nos ayude para que no sea así en nuestro hogar.

Día de delicia y paz

*El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado
(Marcos 2: 27).*

EL SÁBADO bíblico es un período de 24 horas que comienza a la puesta del sol del viernes y concluye a la misma hora el sábado (Lev. 23: 32). Pero es obvio que no todo el que dice guardar el sábado, lo hace como Dios quiere que se haga. La correcta observancia del sábado implica cosas que no y si se deben hacer.

El profeta Isaías expresó así lo que no se debe hacer: «Si dejas de profanar el sábado, y no haces negocios en mi día santo; si llamas al sábado “delicia”, y al día santo del Señor, “honorable”; si te abstienes de profanarlo, y lo honras no haciendo negocios ni profiriendo palabras inútiles» (Isa. 58: 13). De acuerdo a este pasaje, no se deben hacer negocios, no debe uno estar triste o aquejumbado, ni debemos hablar cosas que estén en conflicto con el espíritu de sábado. Hay quienes no trabajan en sábado, pero hacen negocios por teléfono, por Internet, o simplemente hacen planes de realizarlos al día siguiente. Hay quienes no hicieron ningún preparativo y tienen que ir a comprar lo necesario en el día del Señor. La Biblia establece los principios generales de lo que significa consagrar el sábado, y no da mayores detalles respecto a su observancia. En último análisis, solo hay dos cosas que están prohibidas: Ganancia material y placer mundanal. Lo que no esté cubierto por esto, es lícito hacerlo.

Hay personas que siempre se van a los extremos; y no hay diferencia respecto de la observancia del sábado. Dicen que uno no se debe bañar en sábado, que los hombres no deben de afeitarse, que no se deben comprar medicamentos para aliviar el dolor o la enfermedad, que hay que soportar el sufrimiento hasta que pase el sábado, que no es bueno caminar en sábado o hacer algún tipo de ejercicio físico, etcétera. Dios no nos dio el sábado como una carga, sino para que sea un día de delicia y paz.

Día glorioso

Si llamas al sábado «delicia», y al día santo del Señor, «honorable»; si te abstienes de profanarlo, y lo honras no haciendo negocios (Isaías 58: 13).

EN ESTE PASAJE VEMOS CON CLARIDAD cómo debemos considerar el día de reposo que Dios nos dio. Nos dice que el sábado debe ser honrado. Otras versiones traducen “venerar”. ¿Qué significa “venerar” algo? Es tratarlo con profundo respeto. El día de reposo merece nuestro respeto, no porque sea un día que tenga elementos mágicos, sino porque fue dado por Dios, quien merece todo nuestro respeto y veneración. Deshonramos al Dios del sábado cuando no lo observamos cómo él quiere.

El pasaje añade que el sábado debe ser una “delicia”. ¿Qué es una “delicia”? Es algo que nos trae felicidad y que nos gusta mucho, algo que nos causa un intenso placer. El sábado nos trae una inmensa dicha cuando lo vemos como la oportunidad para estar en comunión con Dios, para compartir tiempo y amistad con otros, y para gozarnos con el compañerismo de la familia. Si el sábado no nos trae esa profunda alegría, no hemos experimentado su significado. Notemos: «El amor de Dios ha puesto un límite a las exigencias del trabajo. En su día reserva a la familia la oportunidad de tener comunión con él, con la naturaleza y con sus prójimos» (*La educación*, p. 245).

«El sábado y la familia fueron instituidos en el Edén y en el propósito de Dios están indisolublemente unidos. En ese día, más que en cualquier otro nos es posible vivir la vida del Edén» (*ibid.*, p. 244).

También nos dice que el sábado debe ser un día honorable. Otras versiones traducen esta palabra como “glorioso”. ¿Qué es algo “glorioso”? Es lo que se considera que tiene gran prestigio y mucho aprecio, que es digno de honor y alabanza. Por eso: «Necesitamos cultivar un espíritu de verdadero culto, un espíritu de devoción hacia el santo día de Dios. Debemos congregarnos todos confiando en que recibiremos consuelo y esperanza, luz y paz del Señor Jesucristo» (*La fe por la cual vivo*, p. 37).

Día de esperanza

A todos los que observan el sábado sin profanarlo y se mantienen firmes en mi pacto, los llevaré a mi monte santo; ¡los llenaré de alegría en mi casa de oración! (Isaías 56: 6, 7).

NUNCA HEMOS DE OLVIDAR que el sábado fue creado para la felicidad espiritual y física del ser humano. Provee descanso y solaz para nuestras almas cansadas del incesante batallar de la vida. Recuerdo con gran aprecio cuando estábamos en el internado del colegio. Cómo nos alegrábamos cuando llegaba el sábado, que nos traía descanso y tranquilidad. Pienso que así debe sentirse cada hermano y hermana cuando llega el sábado con la sensación de ser libres de la esclavitud del trabajo. Si no fuera por el sábado, tendríamos la tentación de seguir y seguir con las ansiedades de la vida, hasta que cayéramos rendidos bajo la carga ominosa del afán de este mundo. Gracias a Dios que nos dio el sábado para hacernos libres. Cuando todo el mundo anda en su loca carrera para ganarse la vida, para subir un peldaño más, para tener más dinero, al hijo de Dios lo alcanza ese santuario en el tiempo que trae el mensaje de Cristo: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso» (Mat. 11: 28). El sábado nos lleva a Cristo, quien es el único que nos trae liberación y paz. Agustín dijo: «Tú nos has hecho para ti y nuestros corazones están inquietos hasta que encuentran paz en ti».

Para que alcancemos la felicidad espiritual que Dios quiere darnos, el sábado nos provee tiempo para dedicarlo a la elevación espiritual personal, a la vida espiritual de la familia y el bienestar espiritual de otros.

Tampoco debemos olvidar que el sábado nos trae el descanso de nosotros mismos. El sábado nos enseña a descansar en Dios. El autor de Hebreos escribió estas palabras: «El que entra en el reposo de Dios descansa también de sus obras, así como Dios descansó de las suyas» (Heb. 4: 10).

El sábado nos enseña a detenernos en nuestra insensata empresa de tratar de alcanzar la justificación propia.

El quinto mandamiento

«Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente» —le respondió Jesús.— Este es el primero y el más importante de los mandamientos. El segundo se parece a este: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas » (Mateo 22: 37-40).

CON EL QUINTO MANDAMIENTO ENTRAMOS a lo que se llama comúnmente la segunda tabla de la ley. La primera nos habla de nuestro deber para con Dios; la segunda, de nuestro deber hacia nuestros prójimos. Por eso el mandamiento más grande de la ley es amar al Señor nuestro Dios con todo el corazón y la mente. Si lo amamos, no tendremos problemas para obedecer los mandamientos de la primera tabla.

El segundo mandamiento más importante es amar al prójimo como a uno mismo. Si lo hacemos, no tendremos problemas con los mandamientos que rigen nuestra conducta social y que son los que están en la segunda tabla.

Los prójimos más cercanos que tenemos son nuestros padres. Ya dijimos que durante los primeros años del niño, los padres están en lugar de Dios. De allí que la desobediencia y falta de respeto a los padres equivale a desobediencia y falta de respeto para Dios. Notemos: «Se debe a los padres mayor grado de amor y respeto que a ninguna otra persona. Dios mismo, que les impuso la responsabilidad de guiar las almas puestas bajo su cuidado, ordenó que durante los primeros años de la vida, los padres estén en lugar de Dios respecto a sus hijos. El que desecha la legítima autoridad de sus padres, desecha la autoridad de Dios» (*El hogar cristiano*, p. 265).

En la base de este mandamiento, está el respeto a la autoridad. El hombre fue creado para vivir en sociedad. No se puede vivir en sociedad si no hay autoridad y orden. La forma más sencilla de sociedad es el hogar. La forma más simple de autoridad son los padres. Cuando los hijos son educados para honrar a sus padres, van a honrar cualquiera otra autoridad: Las del estado, las de la iglesia, las de la escuela.